

S U P L E M E N T O



| 35 |

COMO SE ESCRIBIO LA HISTORIA DEL LIBRO*

Henri-Jean Martin

(Traducción de José Abel Ramos Soriano)

Fotografías: Palle Pallesen



Este texto, puesto a punto en el curso de mis conferencias de la Escuela Práctica de Altos Estudios, retoma y desarrolla ciertos temas de una conferencia impartida en Tours en 1985. Para una visión más general sobre el nacimiento y desarrollo de la historia del libro, ver la introducción a las actas del Coloquio Sobre el Libro de la Europa del Renacimiento, realizado en julio de 1985 en el Centro de Estudios Superiores del Renacimiento de Tours, de próxima aparición.

* Tomado de *Le livre français sous l'Ancien Régime*. Nones, Palmodis, 1987.

La historia del libro está hoy de moda. Surgida de los trabajos de una larga descendencia de cronistas, humanistas, eruditos y también de escritores y poetas, esta disciplina es el niño que llegó demorado al encuentro de la universidad y las bibliotecas, por lo que debe esperarse que no sea pasajera. Y nadie ha olvidado que esta unión fue provocada y bendecida por un "papa" de las ciencias humanas: Lucien Febvre, quien escribía en 1954, hace más de treinta años, en los *Anales*, una nota en la que lamentaba el desinterés manifestado con respecto al estudio del libro, tanto por los historiadores "literarios" como por los de la economía o de la religión.¹ También nos pareció interesante buscar en las obras más antiguas qué visión pudieron tener nuestros ancestros de los siglos XV al XIX, de la invención de la imprenta y de sus consecuencias, y retroceder, a fin de comprender mejor, a través de las posturas adoptadas en otros tiempos, nuestras propias actitudes y nuestras preocupaciones a veces inconscientes ante el libro, objeto tan admirado, pero por mucho tiempo tan poco estudiado en él mismo.

De entrada, una primera comprobación se impone. La literatura concerniente a la aparición del libro impreso es inmensa y se refleja, de generación en generación, como una obsesión. De igual manera que cada vez que se da una revolución en el campo de la comunicación, no se plantean al principio muchas cuestiones. Después se comienza a entusiasmar y a interrogar sobre los orígenes del nuevo arte, en particular en los medios más abiertos. Así, Guillaume Fichet, quien había hecho venir de las orillas del Rin a los tres primeros impresores de París, indicaba, en una carta a Robert Gaguin, incluida en ciertos ejemplares del segundo volumen salido de las prensas de la Sorbona, que

el estudio de las humanidades deberá ser un poderoso foco de luz a una nueva especie de editorial salida de Alemania como de un Caballo de Troya para expandirse por todos los puntos del mundo civilizado. Se cuenta un poco por todas partes que es en los alrededores de Maguncia -donde vivía este Juan llamado Gutenberg, quien primero había inventado el arte de la tipografía gracias al cual, sin empleo de caña ni de pluma, sino por medio de caracteres metálicos-, los libros son fabricados rápida, correcta y elegantemente... la invención de Gutenberg... nos ha dado caracteres con la ayuda de los cuales todo lo que se dice o se piensa, puede ser escrito inmediatamente, reescrito y entregado a la posteridad.²

Después llegó el turno de los cronistas, quienes se dirigieron, un poco tardíamente como siempre, a los testigos sobrevivientes. El autor de las *Crónicas* de esta ciudad indica por ejemplo en 1499, a fe de Ulrich Zell, el prototipógrafo de Colonia, que

el arte admirable de la imprenta fue inventado primero en Alemania, en Maguncia, sobre el Rin... Esto sucedió hacia el año del Señor de 1440, y desde entonces hasta el año de 1450, este arte y todo lo que se refiere a él, fue perfeccionado... Aunque este arte haya sido descubierto en Maguncia, como lo hemos dicho, el primer

de *l'imprimerie à Paris*, Paris, 1904, Documento II, facsímil, 5-14; A. Swierk, "Johannes Gutenberg als Erfinder in Zeugniss seiner Zeit", *Der Gegenwartige Stand der Gutenberg-Forschung*, ed. H. Widmann, Stuttgart, 1972, p.81. La carta de Fichet a Gaguin no se encuentra en todos los ejemplares de este libro. Ver sobre este tema J. Veyrin-Forrer, "Aux origines de l'imprimerie française. L'atelier de la Sorbonne et ses mécènes, 1470-1475", *L'art du livre à l'imprimerie nationale*, Paris, 1973, pp.38-53 (principalmente p.39). La traducción de un pasaje de la carta de Fichet reproducida aquí). Señalamos además que el mismo Peter Schoefer había indicado, o hecho indicar por medio de su corrector Johannes Fons, los méritos de los "dos Juanes" (Gutenberg y Fust) después de los suyos, en dos versos puestos en una edición de los Institutos de Justiniano de 1468 (GW 7580). Ver sobre este tema A. Swierk, art. cit., pp. 80-81.

DECRETALES
D. GREGORII
PAPÆ IX.
SVAE INTEGRITATI
VNA CVM GLOSSIS
RESTITVTAE



¹*Anales*, 1952, p.309, nota 1

²Gasparino Barzizza, *Orthographia*, Paris, 1471; Cf. GW 369, Goff, B 269; ed. L. Delisle, *Épître adressée à Robert Gaguin le 1er. janvier 1472 (sic pour 1471) par Guillaume Fichet sur l'introduction*

esbozo fue realizado sin embargo en Holanda, en los primeros Donato* que se imprimían antes de esa época.³

Después de lo cual el erudito alsaciano Wimpfeling escribió en 1501, en su *Germania*, que la imprenta nació en Estrasburgo y precisa en 1505, en su *Epithoma rerum Germanicarum*, que Gutenberg había realizado su invento en la gran ciudad alsaciana hacia 1440, antes de mejorar su procedimiento en Maguncia.⁴

Como se observa, estos hombres se mostraban preocupados ante todo por saber dónde y por quién había sido realizada la invención, sin preguntarse mucho por medio de cuál procedimiento había podido ser posible. Si los textos de los siglos XV y XVI a veces hacen alusión a tentativas hechas primeramente a partir de planchas o de caracteres de madera, ningún autor une por ejemplo la aparición de la imprenta a la puesta a punto, hacia el mismo momento y en las mismas regiones, a un proceso de grabado en hueco sobre planchas de cobre. Y ninguno de ellos tampoco parece haber concebido la importancia que revistieron en los dos casos los progresos obtenidos en materia de metalurgia a partir de Nuremberg.⁵

En estas condiciones sorprende sobre todo ver que se repite sin interrupción en los primeros relatos el nombre de Gutenberg, quien sin embargo no había firmado impresión alguna, y no los de Fust y Schoeffer, quienes sí habían puesto los suyos en los colofones de tantos libros a partir de 1457. No hay duda, entonces, de que él haya aparecido primero como el inventor del nuevo arte. Esta forma de reconocimiento desembocó muy pronto en la consagración oficial, puesto que desde 1504 se fijó una inscripción en su

* Libros de texto para los estudiantes de colegios y universidades de los siglos XIV y XV. Tomaron su nombre de Elio Donato, gramático latino del siglo IV preceptor de san Jerónimo, entre otros (N. del T.).

³ Kölnischer Chronik: *Cronica von der Heiligen Stadt von Coelen*, Colonia, J. Koelhoff, 1499, F.311 v.: GW 6688. Goff C 476; cf. S. Corstens, *Die Kölnische Chronik von 1499*, Hamburgo, 1982; ed. A. Swierk, art. cit., pp. 86-87; trad. A. Bernard, *De l'origine de l'imprimerie en Europe*, París, 1853, tomo I, p. 139.

⁴ Wimpfeling, quien indicó durante su residencia en Heidelberg que la imprenta había sido inventada en Maguncia, revisó su posición después de su retorno a Estrasburgo. Cf. *Germania*, libro II, en Filippo Beroaldo, *Declamatio de tribus fratribus... Estrasburgo, J. Pruss, 1501 y Epithoma rerum Germanicarum*, mismo lugar, 1505, cap. 65, "De inventione celeberrimae artis impressoriae", ed. A. Swierk, art. cit., pp. 88-89. Ver sobre este tema K. Schorbach, *Der Strassburger Frühdrucker Johann Mentelin (1458-1478)*, Maguncia, 1932, pp. 229-231 y F. Ritter, *Les origines de l'imprimerie en Alsace...*, Estrasburgo, 1955, pp. 10-13.

⁵ Ver sobre este tema las hipótesis controvertidas de H. Lehmann-Haupt, *Gutenberg and the master of the playing cards*, Yale, 1966, y sobre todo los trabajos de W. Von Stromer, notas 9 y 62.



casa natal.⁶ Pero al mismo tiempo, el debate se desplazaba. Después del entusiasmo unánime del principio, los tradicionalistas comenzaban a temer. No se habían inquietado cuando las prensas del sur de Alemania habían comenzado a difundir, en las ciudades comerciantes de esta región, traducciones de textos sagrados en alto alemán. Pero se trastornaron cuando el movimiento ganó la Baja Alemania, en particular Colonia, donde un poderoso grupo financiero lanzó

⁶ A. L. Reitzel, *Die Renaissance Gutenbergs...*, Maguncia, 1968, pp. 8-9. Ver también las inscripciones maguncianas relativas a la imprenta: P. Marchand, *Histoire des origines et des premiers progrès de l'imprimerie...*, La Haya, 1740, pp. 24-28



una traducción ilustrada de la *Biblia*. Desde 1479 el control de los textos por imprimir fue instaurado en esta ciudad universitaria con la aprobación del papa y algunos obispos comenzaron a denunciar a los tipógrafos que multiplicaban inconsideradamente los textos en lenguas vulgares o incluso las ediciones clásicas. De suerte que Roma no esperó la Reforma para instaurar el principio de la censura preventiva.⁷

Muy diferente fue al principio la actitud de los humanistas, y muy pronto la de los reformados que durante siglos iban a magnificar la imprenta.

De los textos que los primeros consagraron al arte tipográfico, retendré sólo el más célebre, porque el *topos* más clásico reúne, simbólicamente, una realidad de las más precisas sin que se haya puesto, creo, mucho cuidado en ello hasta ahora.

⁷Sobre las dos ediciones de la *Biblia* en bajo renano y en bajo sajón publicadas en Colonia en 1478/1479 (GW 4307 y 4308); H. Reintzer, *Biblia deutsch...*, Wolfenbüttel, 1933, n. 43; ver F. Geldner, *Die deutschen Inkunabeldrucker...*, t.I, Stuttgart, 1968, pp. 96-98; sobre el establecimiento de la censura en Colonia, ver los trabajos de S. Corsten, "Universität und Buchdruck in Köln." *Book and text in the XVth century* (coloquio de Wolfenbüttel organizado por L. Hellenga y M. Hartel, 1978), Hamburgo, 1979, pp. 189-202; *Der frühe Buchdruck und die Stadt. Studien zum städtischen Bildungswesen des späten Mittelalters und der frühen neuzeit*, Göttingen, 1985, pp. 9-32, principalmente p. 17 nota 2 (bibliografía). Sobre el establecimiento de la censura preventiva por el Papado, ver R. Hirsch, "Pre-Reformation censorship of printed books", *The library chronicle*, 21 (1955), pp. 100-105; H. Widmann, "Gutenberg in Urteil der Nachwelt", *Der Gegenwartige stand der Gutenberg Forschung*, Stuttgart, 1972, p. 256; ver también *Dictionnaire de droit canonique*, dir. R. Naz, t.III, 1942, col. 157-159.

Sabemos que Rabelais deja a Gargantúa proclamar en 1533, en su carta a su hijo Pantagruel, que la imprenta había sido inventada por inspiración divina, como al revés de la artillería que lo había sido por sugestión diabólica.⁸ Todos están de acuerdo en reconocer aquí uno de los paralelos clásicos y típicamente erasmiano entre las artes de la paz y las de la guerra. Sin embargo, el profesor Von Stromer atrajo recientemente la atención sobre una personalidad cuya existencia había sido descubierta sólo a fines del siglo pasado: la de Procopio Waldfoghel, orfebre de Praga expulsado de Bohemia por las guerras husitas, del cual mostró que era un metalurgista de altos vuelos, formado en Nuremberg, y que posiblemente había contribuido a poner a punto de ir a enseñar entre 1444 y 1448 a habitantes de Aviñón un misterioso *ars scribendi artificialiter*. Ahora bien, Waldfoghel, quien posiblemente estaba ligado a uno de los socios capitalistas estrasburgués de Gutenberg, se encontraba asociado precisamente con otro ingeniero de talento, un tal Ferrose, quien enseñó justamente en este mis-

⁸Rabelais, *Fantagruel*, Lyon, 1532, capítulo VIII. Cf. Rabelais, *Oeuvres*, ed. A. Lefranc, t.III, p. 103 y notas 44-47.





mo periodo el arte de fundir cañones a borgoñoneses.⁹ De modo que espíritus sin duda demasiado imaginativos estarían tentados de ver en este episodio relaciones a veces amistosas entre el Diablo y Dios, como una prefigura del texto de Rabelais.

Pero fue antes que nada en Alemania donde apasionó la historia de la invención de la imprenta. Desde 1521, Lutero, quien acababa de lanzar la primera campaña de prensa de carácter moderno, no vacilaba en exclamar que "la imprenta es un don supremo por el cual Dios anuncia las cosas del Evangelio. Es una de las últimas flamas que alumbraba antes del fin del mundo".¹⁰ Desde luego, debía explicar bastante a

menudo también su desconfianza ante un arte que multiplicaba los libros al exceso. Pero se concibe muy bien en estas condiciones que los tipógrafos de Wittenberg, que difundían a través del país, año tras año, por decenas de millares de ejemplares las traducciones de la *Biblia* y las otras obras del gran reformador, hayan decidido celebrar solemnemente en 1540 el primer centenario de la invención de la imprenta fiándose sin duda en la *Crónica de Colonia*. Sea una iniciativa que marcó el inicio de una serie de jubileos que se sucedieron de siglo en siglo con un brillo siempre creciente y que parecen haber reunido regularmente en un culto común al pequeño mundo de los talleres, los maestros de las escuelas y de las universidades que pronunciaban los discursos habituales apoyados en sabias disertaciones, así como una multitud que daba gustoso un carácter popular a estas manifestaciones.¹¹

⁹Sobre los documentos de Aviñón, H. Requin, *L'imprimerie à Avignon en 1444*, París, 1890; "Documents inédits sur les origines de la typographie", *Bulletin de philologie et d'histoire du ministère de l'Instruction publique*, París, 1890, pp. 328-350. Sobre la carrera de Waldfoghel y sus trabajos, ver W. von Stromer, "Zur 'ars artificialiter scribendi' und weiteren 'Kunsten' der Waldfohel aus Prag und Girard Ferrose aus Trier. Nurenberg, 1433-1434, und, Avignon, 1444-1446", *Technikgeschichte*, 49 (1982), pp. 279-289.

¹⁰Martin Luther, *Werke, Tischreden*, 2 Band, Weimar, 1913; trad.

fr. J. Michelet, *Mémoires de Luther écrites par lui-même*, t. II, Weimar, 1913, p. 650. Cf. J. Guignard, *Gutenberg et son oeuvre*, 2a. ed., París, 1963, p. 8.

¹¹Los libros relativos a los jubileos de la imprenta en Alemania han

Así se constituyó un mito, siempre vivo pero poco después amenazado: el del libro como motor de todo progreso a veces contrabalanceado por cierta desconfianza con respecto a los excesos de la prensa. Al mismo tiempo, las candidaturas al título de inventor de la imprenta se multiplicaron. Así, Johan Schoeffer, hijo de Peter Schoeffer y nieto de Fust por su madre, realizó una verdadera campaña a fin de hacer pasar los nombres de sus ancestros antes del de Gutenberg en el Panteón de los inventores de la imprenta.¹² Al mismo tiempo, el monje Juan de Tritthenheim, quien declaraba tener informes de indicaciones que le había proporcionado el mismo Peter Schoeffer treinta años antes, precisaba en 1514, en sus *Anales de la abadía de Hirschau*, que Gutenberg estaba a punto de abandonar sus experimentos cuando Fust había intervenido. Agregaba que los primeros impresores se habían servido de planchas de madera antes de fundir matrices de metal y caracteres de cobre o estaño y que Peter Schoeffer había encontrado un medio más fácil de fundir los caracteres.¹³ Después de ello, incluso Erasmo ponderaba por ejemplo los méritos de Fust, llamado Fausto en el Prefacio de un *Tito Livio* de 1519, salido, por cierto, de las prensas de Johann Schoeffer.¹⁴

Desde esta misma época, los estrasburgueses se distinguían más aún en esta práctica. Muy pronto, el impresor Schot había reivindicado, esta vez en favor de su abuelo, Mentelin —el prototipógrafo de la ciudad que posiblemente conoció Gutenberg—, el lugar de este último entre los inventores.¹⁵ Muy ligado a Sebastián Brant y a Geiler de Kaisersberg, posiblemente intentó hacer admitir su punto de vista al docto Winpeling. Encontró a continuación oídos más atentos al lado de diversos eruditos alsacianos que procla-



maron en sus publicaciones, entre 1521 y 1536, los títulos de su antepasado. Después de ello, la historia, como la calumnia del Barbero de Sevilla, se infló y enriqueció a medida que se propagaba. De tal suerte que una *Crónica de Estrasburgo* de la segunda mitad del siglo XVI contó muy seriamente que la imprenta había sido inventada en 1440 por Mentelin, pero que uno de los servidores de éste, llamado Juan Gensfleisch le había robado sus caracteres y los había vendido a Gutenberg en Maguncia. A continuación de ello el prototipógrafo estrasburgués moría de tristeza mientras que su sirviente se volvía ciego.¹⁶ Esta nueva versión, tan bien lanzada, se convirtió rápidamente en dogma a los ojos de los alsacianos, como se puede constatar en los discursos pronunciados durante el jubileo de 1640. Sin embargo, Jacques Mentel, médico y sabio reputado, ligado al grupo de los libertinos eruditos, hacía aparecer poco después una obra favorable a Mentelin, a quien declaraba su antepasado y ganaba a la causa de éste un personaje ilustre de la

sido coleccionados por la Asociación de Libreros Alemanes en Leipzig y en el Museo Gutenberg de Maguncia. Ver sobre este tema L. Mohr, *Die Jubileefeste der Buchdruckerkunst und ihre Literatur...*, Viena, 1882; D. Mc Murty, *The Invention of printing: a bibliography*, Nueva York, 1942, pp. 248-387; A. Tronnier, *Die Jahresbericht der Buchdruckerkunst, 1540-1940*, Maguncia, 1937. Sobre el jubileo de 1540 en Wittenberg, J. D. Werther, *Warhafftige Nachrichten...*, Francfort y Leipzig, 1721, p. 6 y E.G. Eichsfeld, *Relation von wittenbergischen Buchdrucker Jubile, 1540*, Wittenberg, 1740 (descripción de la fiesta y noticias sobre los impresores de Wittenberg en esta época). Tal parece que Leipzig fue igualmente teatro de una fiesta de este tipo; cf. Mohr, *op. cit.*, p. 7.

¹²A. Ruppel, *Johannes Gutenberg, sein Leben und sein Werk...*, 3te. Auflage, Niewkope, 1967, pp. 198-201.

¹³Johan von Tritthenheim, *Annales Hirsaugensiensis*, t.II, Saint-Gall, 1690, p. 295. Texto latino en Ch. Mortet, *Les origines et les débuts de l'imprimerie...*, Paris, 1922, p. 72, nota 4. Ver también sobre las aserciones de Juan Trittemio, A. Ruppel, *ob. cit.*, pp. 199-200 y A. Swierk, *art. cit.*, pp. 87-88.

¹⁴H. Widmann, *art. cit.*, pp. 260-261.

¹⁵Schorbach, *ob. cit.*, pp. 227-254; F. Ritter, *ob. cit.*, p. 12 y pp. 84-186.

¹⁶El manuscrito de la *Crónica* de Daniel Specklin fue destruido durante el sitio de 1870, Schorbach, *ob. cit.*, pp. 240-242. Ver sobre la personalidad de este autor, Ritter, *ob. cit.*, p. 520, apéndice 187.

Republica litteraria, el padre Luis Jacobo. De suerte que Leibnitz juzgó bien evocar en su *Antiplagiarius* esta tesis que encontraba defensores hasta en Copenhague y Upsala.¹⁷

Paralelamente, otra tradición tomaba cuerpo. A partir de 1561, varios autores comenzaban a indicar que la imprenta había sido inventada en Harlem, en Holanda. Pronto, un humanista bastante conocido, Hadrianus Junius, médico reputado y director de la escuela latina del lugar, desarrollaba esta tesis en una obra reeditada hacia 1566 y publicada veinte años más tarde. Apoyando sus afirmaciones en el famoso

¹⁷Jacques Mentel, *Brevis excursus de loco, tempore et auctore inventionis typographiae...*, París, 1644; *De verba origine typographiae...*, París, 1650; ver sobre Mentel y sus colecciones. H. -J. Martin, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVII-siècle*, 1598-1701, Ginebra y París, 1967, pp. 68, 477, 484, 671 y 923; para la difusión en París de la leyenda según la cual Mentelin había inventado la imprenta, ver también M. Vulson de la Colombière, *La science héroïque traitant de la noblesse, de l'origine des armes, de leurs blasons et symboles...*, París, 1644 (títulos de nobleza y armas que el emperador había dado a Mentelin en 1466 en recompensa por su invento según J. Schot); L. Jacob, *Traité des plus belles bibliothèques...*, París, 1644, p. 531. Ver sobre estos episodios, Schorbach, ob. cit., pp. 227-254.



texto de la *Crónica de Colonia*, precisaba que el inventor del procedimiento era un tal Laurent Janszon, llamado De Coster, quien había utilizado caracteres de corteza de haya, después de estaño. Pero un empleado infiel llamado Juan e identificado con Fust, le había robado su descubrimiento que había transmitido a Colonia y después a Maguncia. De donde, aquí también, la proliferación de publicaciones que desembocaron, en la segunda mitad del siglo XVIII, en un sabido estudio de Meerman y en experimentos realizados en Holanda para reconstituir el procedi-



miento que Coster habría podido utilizar. De modo que los habitantes de Harlem también fueron un día a fijar una inscripción conmemorativa en la presunta casa natal de su glorioso conciudadano.¹⁸

Ante tal competencia, el crédito de Gutenberg no dejó de bajar en el mercado de los inventos. Sin embargo, su nombre permaneció ligado a los de Fust y Schoeffer en la memoria de los ciudadanos de la católica Maguncia. Desde 1541, Johann Arnold de Berquell, quien era sin duda corrector en la casa de Behem, impresor de esta ciudad, publicaba un poema consagrado a la aparición del arte tipográfico, apoyado en conversaciones que había tenido en la ciudad, en el cual explicaba que Gutenberg, después de tentativas iniciales efectuadas en Estrasburgo, había puesto a punto su invento de Maguncia con la ayuda de Fust y Schoeffer cuyo papel había subrayado, pero que enseguida un proceso había roto esta tríada.¹⁹ Esta tradición, desarrollada por Salmuth, fue de nuevo retomada por Malinkrodt, deán de la iglesia de Maguncia, en una obra publicada en ocasión del jubileo de 1640 durante el cual fue casi el único de su opinión.²⁰

Así, humanistas y eruditos multiplicaron sus esfuerzos para penetrar el espeso velo que siempre escondía la historia de los orígenes del nuevo arte. Partiendo de los testimonios ya publicados, habían interrogado largo tiempo a los descendientes o a los primeros tipógrafos y así habían recogido tradiciones de talleres cada vez más inciertos y deformados a medida que el tiempo avanzaba. Orgullosos de sus hallazgos, se esforzaban en defenderlos, a veces sin mucho discernimiento. Desde entonces se tiene a menudo la sensación de que pleitean por su pueblo o por sus correligionarios, incluso por sus amigos o su familia. Estamos a veces sorprendidos por la amplitud de sus conocimientos: algunos de ellos se preguntan, por ejemplo, desde la segunda mitad del siglo XVI, si las técnicas chinas no habían sido transmitidas a Occidente por medio de navegantes bátaos o germánicos, o incluso por el canal de los moscovitas

¹⁸Adrian de Jonghe (Adrianus Junius), *Batavia*, Leyden, 1588, capítulo XVII, p. 253 y siguientes; texto y trad. Bernard, ob. cit., t.I, p. 60. Sobre el caso Coster, ver J. Zedler, *Von Coster zu Gutenberg*, Leipzig, 1921, así como la puesta a punto de L. y W. Hellinga, "Die Coster Frage", *Der Gegenartige Stand der Gutenberg Forschung*, Stuttgart, 1972, pp. 233-242.

¹⁹J. Arnold de Berquell, *De chalcographiae inventione*, Maguncia, 1541; el autor tiene en cuenta explícitamente en su introducción informaciones que había recibido de boca de habitantes de la ciudad; cf. Tronnier, ob. cit., pp. 19 y 47.

²⁰B. von Malinkrodt, *De ortu ac progressu typographiae*, Colonia, 1640, p. 42, reproduce la narración del proceso de Maguncia según el relato de Salmuth. Cf. H. Salmuth, "Controversiae de artis typographicae inventione", en G. Panciroli, *Resmemorabilia*, 1631, v. II, pp. 311-312.

y de los "escitas".²¹ Pero más sorprendente aún ver a buenos espíritus apilar las referencias sin discutir las para hacer gala de su ciencia. Tal como Gabriel Naudé que se interroga largamente en 1630 sobre las razones que impidieron a los antiguos el uso de la imprenta, tiene en cuenta el antecedente chino, da una vuelta por México y diserta enseguida largamente sobre los títulos de cada pretendiente en un discurso retórico en el cual enumera complacientemente la lista de los humanistas y eruditos que se habían colocado en tal o cual partido,²² sin tener la idea de escurrir las fuentes de las que disponía y sin tratar de ver con una nueva mirada los libros viejos que no obstante conocía bien. De este modo tales hombres parecen a fin de cuentas desarmados intelectualmente ante un problema que se les plantea, hace falta recurrir a esa forma de espíritu crítico que se desarrollará pronto en tiempos de Mabillon. Así, el documento clave del proceso de Maguncia sólo parece haber sido examinado seriamente a partir de 1734,²³ mientras que el de Estrasburgo fue exhumado en 1745 y publicado en 1760.²⁴ Se comprende entonces que las innumerables obras publicadas en ocasión del jubileo de 1740 no hayan aportado gran cosa al debate, y que eruditos como Maittaire y Prosper Marchand no hayan podido presentar todavía en esta época sino versiones deformadas de los hechos.²⁵ Y las innumerables leyendas de las cuales Fust había sido

²¹Ver para los humanistas que evocaron antes que él, el "antecedente chino", el comentario de Salmuth en G. Panciroli, *Rerum memoriabilium jam olin deperditarum... libri duo...*, t. II. Amberes, 1601, título XII, pp. 578-588.

²²G. Naudé, *Additions à l'histoire de Louis XI contenant plusieurs recherches curieuses sur diverses matières...*, Paris, 1630.

²³La prueba de procedimiento del notario Helmasperger que nos informa sobre el "proceso" de Maguncia (Biblioteca de la Universidad de Gotinga) fue publicado la primera vez por H. Senckenberg, *Selecta juris et historiarum anecdota*, 1734-1742, 6v., t. I, pp. 269-277, después por D. Köhler, *Hochverdiente... Ehrenreitung Johann Gutenberg*, Leipzig, 1741, pp. 21-36 y 54-57; cf. F. Geldner, "Der Helmaspergersche Notariatinstrument in seiner Bedeutung für die Geschichte des ältesten Mainzer Buchdrucks", *Der gegenwartige Stand der Gutenberg Forschung*, ed. H. Widmann, Stuttgart, 1972, pp. 91-121. Facsímil de este documento notariado en A. Ruppel, *Gutenberg...*, Maguncia, 1967, pp. 104-105. Pero la historia de este proceso era bien conocida desde el siglo XVI, principalmente por Arnold de Berquell, como lo hemos visto más arriba.

²⁴D. Schoefflin, *Vindiciae typographicae*, Estrasburgo, 1760; ed. según una transcripción del siglo XVIII del manuscrito de Estrasburgo de K. Schorbach en *Gutenberg Festschrift zur Feier des 250-jährigen Bestehens des Gutenbergs Museums in Mainz*, Maguncia, 1925; ed. con trad. fr. poco fiable de L. de Laborde, *Début de l'imprimerie à Strasbourg*, Paris, 1840. Ver G. Painter, *Studies in XVth century*, Londres, 1964, p. 49.

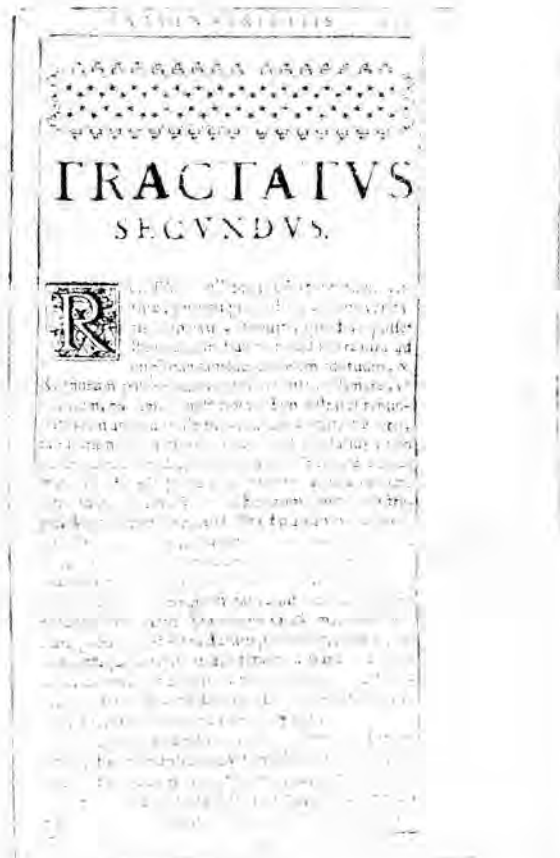
²⁵M. Maittaire, *Annales typographicae*. La Haya, Amsterdam y Londres, 1719-1741, 5 tomos en 6 vols., parece más bien inclinarse por Coster (t. I, pp. 54-55); P. Marchand, ob. cit., apoya a Gutenberg en un estudio pleno de erudición pero también lleno de lo que se considera hoy en día como errores.

objeto inspiraron verdaderas novelas históricas, puesto que ciertos autores, sorprendidos por la similitud existente entre el nombre de Fust y el del doctor Fausto (*Faust*), y fiándose en las tradiciones difundidas principalmente por el teatro de las marionetas, no vacilaron en hacer de los dos personajes un solo y mismo hombre²⁶ —como Klinger en su *Aventure du docteur Faust et de sa descende aux Enfers*.²⁷ Aunque se encuentra rastro de estos relatos hasta en libritos ampliamente difundidos en Francia.

Sin embargo, no nos engañemos: el trabajo así realizado no fue inútil. Los humanistas recolectaron

²⁶La tradición según la cual el mago Fausto y el librero impresor Fust no eran sino una sola y misma persona es desarrollada por un letrado alemán, Johann-Konrad Dürer en una "Epistola ad Georg. Sigism. Fuhnerum de Joanne Fausto", fechada en Altdorf, 9 de julio de 1676, publicada en los *Amoenitates litterariae* de J. G. Schellhorn, t. V., Francfort y Leipzig, pp. 50-80 y 299-302. Por otra parte se encuentra rastro de ello hacia la misma época en el teatro de marionetas de Estrasburgo. Ver sobre este tema: C. Dedejan, *Le thème de Faust dans la littérature européenne...*, Paris, 1955, t. I, pp. 247 y 262 y t. II, pp. 29-30

²⁷F. M. Klinger, *Faust Leben*, San Petersburgo y Leipzig, 1790; cf. para el éxito de esta obra, H. Henning, *Faust bibliographie*, t. III, Berlín y Weimar, 1976, núms. 37-66, 418-425, 2194-2196 y 4430.



los testimonios a partir de los cuales los historiadores han trabajado y los miembros de la *Republica litteraria* comenzaron a amasar un saber del que la erudición moderna vive aún. Las investigaciones sobre Gutenberg, Coster y los otros incitaron además a libreros e impresores a trazar de nuevo la historia de sus predecesores —en particular la de los grandes impresores humanistas que muy pronto comenzaron a ser objeto de un verdadero culto. Sobre todo, incitaron a los sabios y coleccionistas a reunir y preservar los antiguos monumentos de la tipografía y la literatura.

No quisiera dejarlos con estas viejas historias. No les contaré entonces cómo a partir de los alrededores de 1750, tanto en Maguncia como en Estrasburgo, se buscaron los documentos relativos a la invención de la imprenta, con riesgo de falsificarla completamente.²⁸ No les explicaré tampoco cómo el descubrimiento de Schoepflin de los documentos del proceso de Estrasburgo dio un golpe casi definitivo a los partidarios de Mentelin. Pero no puedo callar la bella arenga que Anarcharsis Cloutz, el "orador del género humano", pronunció "en nombre de los impresores", el 9 de septiembre de 1792, en la barra de la Asamblea legislativa que vivía sus últimos días después de las masacres de septiembre:

Legisladores filántropos, arquitectos de la Constitución universal... Venimos a pedirles las apoteosis del Panteón para Gutenberg, para un hombre divino, que, a semejanza del Eterno, dijo: "¡Hágase la luz!", y la luz se hizo.

Toca al Senado del género humano honrar la memoria del primer revolucionario, del primer bienhechor de los humanos. Encontramos en la mano de Gutenberg el hilo de la regeneración del mundo. Y ustedes, legisladores, acelerarán el desarrollo de las felicidades humanas decretando el traslado solemne de las cenizas de un hombre que reúne a todos los hombres en la fraternidad común, en la Germania de los dos hemisferios. ¡Celebremos a un inventor sin el cual estaríamos como mudos y aislados en la tierra, sin el cual no tendríamos ni un Voltaire, ni Rousseau, ni un Panteón!

Escuchemos ahora la respuesta que estas frases inspiraron al presidente de la Asamblea:

El hombre por las cenizas del cual vienen a reclamar un lugar en el Panteón francés, el hombre que, por su sublime descubrimiento, salvó todas las verdades y reveló al universo los crímenes de la tiranía y los beneficios de la libertad, Gutenberg tiene derecho al reconocimiento de una nación cuyo destino es libertar a la especie humana.

²⁸Laborde, ob. cit., p. 5, nota 2, y sobre todo J. H. Hessels, *The Gutenberg fiction*, Londres, 1912.



el contexto de la caída de la monarquía de derecho divino y de la Revolución de 1830. La Restauración, como sabemos, se apoyó ante la burguesía liberal en los propietarios, los ultras que la habían ganado desde 1820. Sin embargo, la imprenta francesa sólo se había organizado tímidamente. Los hermanos Plon, por ejemplo, apenas habían recibido la primera prensa mecánica y los libros, todavía producidos artesanalmente, resultaban muy costosos. En estas condiciones los libreros recién establecidos, fuertemente politizados, que habían reanudado los negocios después de 1815, se encontraron, a partir de 1827, cubiertos de deudas y víctimas de una crisis de sobreproducción agravada por una crisis financiera llegada de Londres. Casi todos estaban amenazados de quiebra. ¿Cómo luchar si no era derribando un régimen tanto más aborrecido por practicar la censura? La gente de libros constituyó entonces de entrada la punta de lanza de la Revolución de 1830. Al llama-

do de Jacques Laffitte, el banquero en dificultades que se convertiría en primer ministro de Luis Felipe, cuatro personalidades de la librería parisina financiarían entonces, en los primeros días de 1830, una hoja de combate, el *National*, cuya dirección fue confiada a Thiers, Mignet y Armand Carrel. Entre ellos, Sautet, que se suicidaría a consecuencia de las persecuciones policíacas, Bossange, el gran exmilitar, y Jacques Renouard, hijo del editor Antoine-Augustin Renouard, quien poco después se convertiría en par de Francia. La acción se desencadenó y mientras que los compañeros destruían las primeras prensas mecánicas, muchos libreros y maestros impresores fueron a disparar contra las tropas reales. Entre ellos, Louis Hachette, expulsado de la Universidad por razones políticas, tenía una cuenta pendiente con el poder. El participó en el asalto a la prisión de la Abadía y se encontró aún presente —si se cree a Sainte-Beuve— cuando su camarada Farcy fue muerto ante las Tulle-

rias. Y los papeleros, impresores y libreros se hicieron, unos meses más tarde, de la mejor parte, cuando el nuevo gobierno distribuyó adelantos a los industriales en dificultad: se repartieron más de dos millones y medio de los treinta millones de francos así liberados...³³

Durante este tiempo, Víctor Hugo tenía sus propias preocupaciones. Presionado por el librero Gosselin, emprendía la redacción de la novela que debía haberle entregado hacía mucho tiempo. El 30 de junio iba a pedir prestadas las obras necesarias para su documentación a la Biblioteca Nacional, trazaba su plan y comenzaba su redacción el 25 de julio. ¿Interrumpió en las Tres Gloriosas (27, 28, 29 de julio de 1830) y cuando el nacimiento de su hija Adela el 28 de julio? Parece que no se puso a trabajar verdadera-



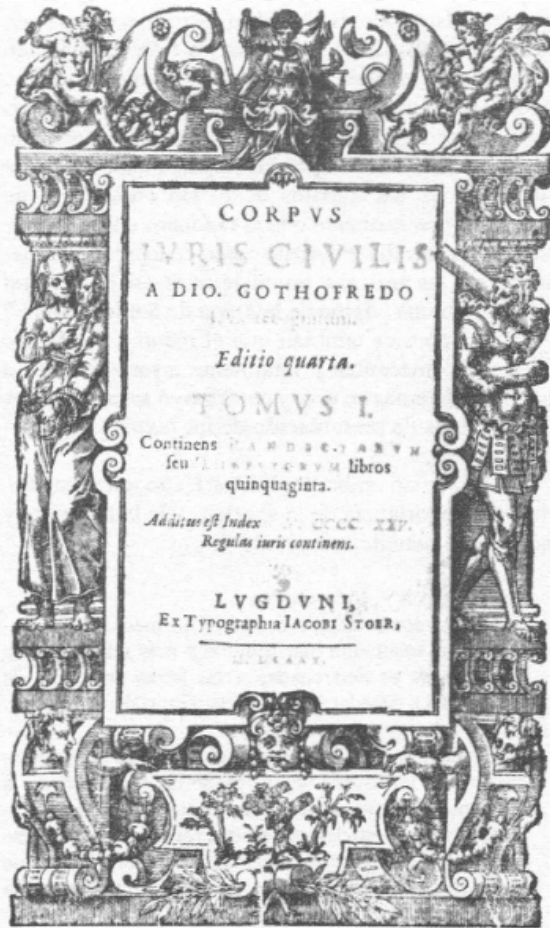
mente sino en el mes de septiembre; sin embargo, el 2 de febrero entregó la totalidad de su novela que apareció el 12 de marzo siguiente.³⁴

Ya redactado, el capítulo que aquí nos interesa: "Esto matará a aquello", no fue incluido en esta primera edición. ¿Hugo había perdido el manuscrito como pretendió después? ¿Había querido evitar así imponer a Gosselin la impresión de un tomo suplementario? ¿O deseaba tener cuidado con su amigo La Mennais? En todo caso, este texto no fue publicado sino en la edición Renduel de 1832.

El tema es conocido. Meditando ante Notre-Dame, saqueada y mancillada cuando la Revolución, despojada de sus estatuas y sin aguja en su campanario, el gran escritor no admira menos el esqueleto grandioso

³³Ibidem, pp. 173 y 174-175.

³⁴Victor Hugo, *Notre-Dame de Paris*, 1482, texto establecido, presentado y anotado por J. Seebacher e Y. Gohin, Paris, 1975, especialmente la introducción de la segunda edición, pp. 5-8; P. Van Tieghem, 1970, *Dictionnaire de Victor Hugo*, Paris, 1970, pp. 161-164.



que se levanta ante él. Afirma en su introducción de 1832 haber escrito su novela para asegurarle la salvaguarda. Pero, asombrado por los poderes del escrito y consciente de llevar en él un monumento de otro tipo, proclama que la catedral transmite el mensaje de un tiempo caduco, que el libro ha matado al edificio:

Si resumimos lo que hemos indicado hasta aquí muy sumariamente, despreciando mil pruebas y también mil objeciones de detalle, hemos llegado a esto: que la arquitectura fue hasta el siglo XV el principal registro de la humanidad, que, en este intervalo, no sobrevino un pensamiento un poco complicado que no se haya hecho edificio, que toda idea popular ha tenido sus monumentos, que el género humano, en fin, no pensó nada importante que no haya escrito en piedra.³⁵

¿Debería yo reconocer mi admiración por este texto? Y esto porque Víctor Hugo presintió, mucho mejor que McLuhan, por ejemplo, un hecho esencial

³⁵*Notre-Dame de Paris*, ed. Gohin y Seebacher. Libro V. II.

que los historiadores del libro apenas comienzan a tomar en consideración, a saber: la estrecha relación existente entre la estructura del pensamiento de una época, la organización de sus mensajes y las formas de su arte. Recordemos en este sentido el artículo publicado desde 1939 por M. Robert Marichal a continuación de los trabajos de Erwin Panofsky, que mostraba precisamente que el razonamiento escolástico se encontraba transcrito como de la misma manera y con las mismas articulaciones en la catedral gótica y en una página de la *Suma* de Santo Tomás.³⁶

Y recordemos también que el recurso del plomo ha tendido mecánicamente y fatalmente a romper poco a poco los sistemas en uso, y contribuyó así a favorecer otras formas de presentación de los textos y de razonamiento.³⁷

En 1830, sin embargo, Víctor Hugo, en su sueño, mide la importancia de la aparición de la imprenta y no ve sino beneficios:

En el siglo XV, todo cambia.

El pensamiento clásico descubre un medio de perpetuarse no solamente más durable y más resistente. La arquitectura es destronada. A las letras de piedra de Orfeo van a suceder las letras de plomo de Gutenberg.

El libro va a matar el edificio

La invención de la imprenta es el más grande acontecimiento de la historia. Es el modo de expresión de la humanidad que se renueva totalmente, es el pensamiento humano que se despoja de una forma para revestirse de otra, es el complejo y definitivo cambio de piel de esta serpiente simbólica que, desde Adán, representa la inteligencia.

Bajo la forma impresa, el pensamiento es más imperecedero que nunca: el pensamiento es volátil, indestructible, no se puede aprehender. Se mezcla con el aire. En tiempos de la arquitectura, se hacía montaña y se adueñaba poderosamente de un siglo y de un lugar. Ahora, se vuelve bandada, se esparce a los cuatro vientos y ocupa a la vez todos los puntos del aire y del espacio.³⁸

¿Estaba Hugo demasiado optimista ante la revolución de la prensa? Incluso antes de haber sido publicada, la tesis sostenida en "Esto matará a aquello" en

todo caso había comenzado a ser refutada por un letrado que tenía buenas razones para conocerla ya: Charles Nodier (1780-1844). Extraño personaje. Hijo de la Revolución, bibliotecario de la Escuela Central de Besanzón (1798-1801), después en Laybach, en Illyrie, después de los ejércitos franceses en 1813 y, en fin, en el Arsenal de 1813 hasta su muerte, pudo constatar en el ejercicio de sus funciones, vigilando las obras recogidas a la Revolución, que toda cultura escrita es mortal, incluso en los tiempos de la imprenta. Profesando por los libros un amor que a veces



³⁶R. Marichal, "L'écriture latine et la civilisation occidentale du Ier au XVI^e siècle", *L'écriture et la psychologie des peuples*, Paris, 1963, principalmente pp. 233-238.

³⁷Ver en lo concerniente a las primeras transformaciones que impuso a los textos la aparición de la imprenta: C. Bozzolo, D. Coq., D. Muzerelle y E. Ormato, "Noir et blanc. Premiers résultats d'une enquête sur la mise en page dans le livre médiéval", *Atti del convegno internazionale. Il Libro e il testo* (Urbino, 20-23 settembre 1982), Urbino, 1985, pp. 295 sig. y E. Ormato, "Les conditions de production et de diffusion du livre médiéval", *Culture et idéologie dans la genèse de l'Eat moderne*. Actas de la mesa redonda organizada por el Centre National de la Recherche Scientifique y la Ecole Française de Rome, 15-17 de octubre de 1984, Roma, 1985, p. 75 sig.

³⁸*Notre-Dame de Paris*, Gohin y Seebacher. Libro V. II.

parecía odio, cofundador del *Bulletin du bibliophile*, obligado a meterse sin cesar en asuntos de librería para satisfacer sus necesidades de dinero, hizo en sus escritos de juventud, como todo mundo en ese tiempo, el panegírico de la imprenta. Después pareció asustado, cuando la librería francesa tomó un nuevo arranque a partir de 1815, ante la proliferación de la cosa impresa. Considera primeramente que la bibliografía podrá permitir al hombre dominar esta masa que crece sin parar, a condición de ser metódica y selectiva. Pero luego profundiza su reflexión y toma

posiciones cada vez más radicales como lo ha mostrado recientemente Jacques-Rémi Dahan.³⁹ Irritado, parece, por poesías a la gloria de la imprenta publicadas en la *Revue de Paris* y tal vez deseoso de responder a lo que él conocía del capítulo de *Notre-Dame de Paris* que Hugo sin duda ya había escrito, publicó en el número de noviembre de 1830 de esta hoja un artículo intitulado "De la perfectibilité del l'homme et de l'influence de l'imprimerie sur la civilisation" ["De la perfectibilidad del hombre y la influencia de la imprenta en la civilización"], seguido en 1832 por



una "ilusión", "De l'utilité morale de l'instruction pour le peuple" ["De la utilidad moral de la instrucción para el pueblo"], y, en fin, de series de nuevas reflexiones. Para él, la invención de la letra, ella misma discutible puesto que aparta al hombre de la inocencia original, es la invención primordial, y la de la imprenta, "casi inmemorial en China", no es de ella sino una consecuencia. Sin embargo, de ninguna ma-

nera es cierto que los libros así multiplicados atraviesan los siglos: ¿no han destruido los chinos casi todos los suyos después de una revolución? De suerte que el arte tipográfico no ha emancipado a los pueblos sino que los ha pervertido. Así ha sido desde su aparición:

Quando la imprenta fue inventada en Europa, la edad intermediaria de nuestra vida social no había terminado. Lejos de apresurar su decadencia, la prolongó. Fue ella la que volvió vulgares las absurdas polémicas de la escolástica y que trasladó al medio de una sociedad ilustrada hasta entonces simples luces instintivas de su organización natural, las doctrinas del monacato. El instinto de la razón se desarrolló a lo sumo en su tiempo como lo habría hecho sin la imprenta...⁴⁰

La imprenta no puede ser entonces el instrumento de emancipación que se imagina:

Todo proletario que sabe algo más que leer y escribir es un desventurado que usted tiene completamente cautivo en el limbo de la civilización...

La instrucción universal produce dos resultados de un solo golpe: divide veinticinco millones de hombres en dos clases —los desdichados y los tontos.

La lectura no introdujo una idea sana en el espíritu del hombre. Le arrojó todas las aberraciones y todas las mentiras de la sociedad.

¿Qué lee el pueblo cuando sabe leer? —Si es piadoso, libros de ascetismo y de carácter místico que le fascinan; —si ya está emancipado de las enseñanzas de la religión, libros obscenos e impíos que lo enervan y lo embrutecen. —¿Busca darse cuenta de sus intereses y de sus derechos? Se dirige a las gacetas. —¿Aspira solamente a perfeccionar las aplicaciones más comunes de su trabajo diario? Su ciencia está en el *Petit Albert* y el *Almanach de Liège*.

¡He ahí maravillosos elementos de instrucciones!⁴¹

A esto se agregan todavía en Nodier otras consideraciones más sutiles y sin duda más profundas. Este bibliófilo que no cesaba de escudriñar los libros en su materialidad, se había esforzado en realizar con su amigo Tony Johannot un volumen de un nuevo tipo, la *Histoire du roi de Bohême et ses sept châteaux* [*Historia del rey Bohemia y de sus siete castillos*], aparecido precisamente en 1830; había utilizado todos los recursos de la tipografía y del grabado de pie*

⁴⁰ C. Nodier, "De la perfectibilité de l'homme et de l'influence de l'imprimerie sur la civilisation", *Réveries. Oeuvres*, t.v, Paris, 1832, reimp, Ginebra, Slatkine, 1968, pp. 252-253. Cf. Dahan, art. cit., p. 219.

⁴¹ C. Nodier, "De l'utilité morale de l'instruction pour le peuple", *Ibidem*, pp.280-281. Cf. Dahan, art. cit.

* Lámina de madera cortada transversalmente a las fibras y no perpendicularmente como se había hecho hasta entonces. [N. del T.].

³⁹J.-R. Dahan, "Nodier et la morte du livre", *Charles Nodier, Colloque du 2^e Centenaire, Besançon, mai 1980*, Paris, Belles Lettres, 1981, pp. 211-222.

recientemente introducido en Francia, pero parece haber sido a fin de cuentas como sorprendido por la impotencia en la que se había encontrado de transmitir su mensaje. Detestaba sobre todo la necesidad que encuentra todo autor de someter su imaginación a este resultado y a esta ruptura que presentan la escritura y la terminación de una obra. Se comprende entonces que haya mostrado, en el último capítulo de este libro, a Breloque aprestarse a comenzar otra historia después de haber propuesto en vano a sus dos amigos permanecer en la casa de Brisquet y caerse entonces todo el edificio como "las murallas del palacio de Belcebú" al pie de las cuales "un dedo fatidico" traza el bajorrelieve de la palabra fin "en iniciales sombreadas".⁴²

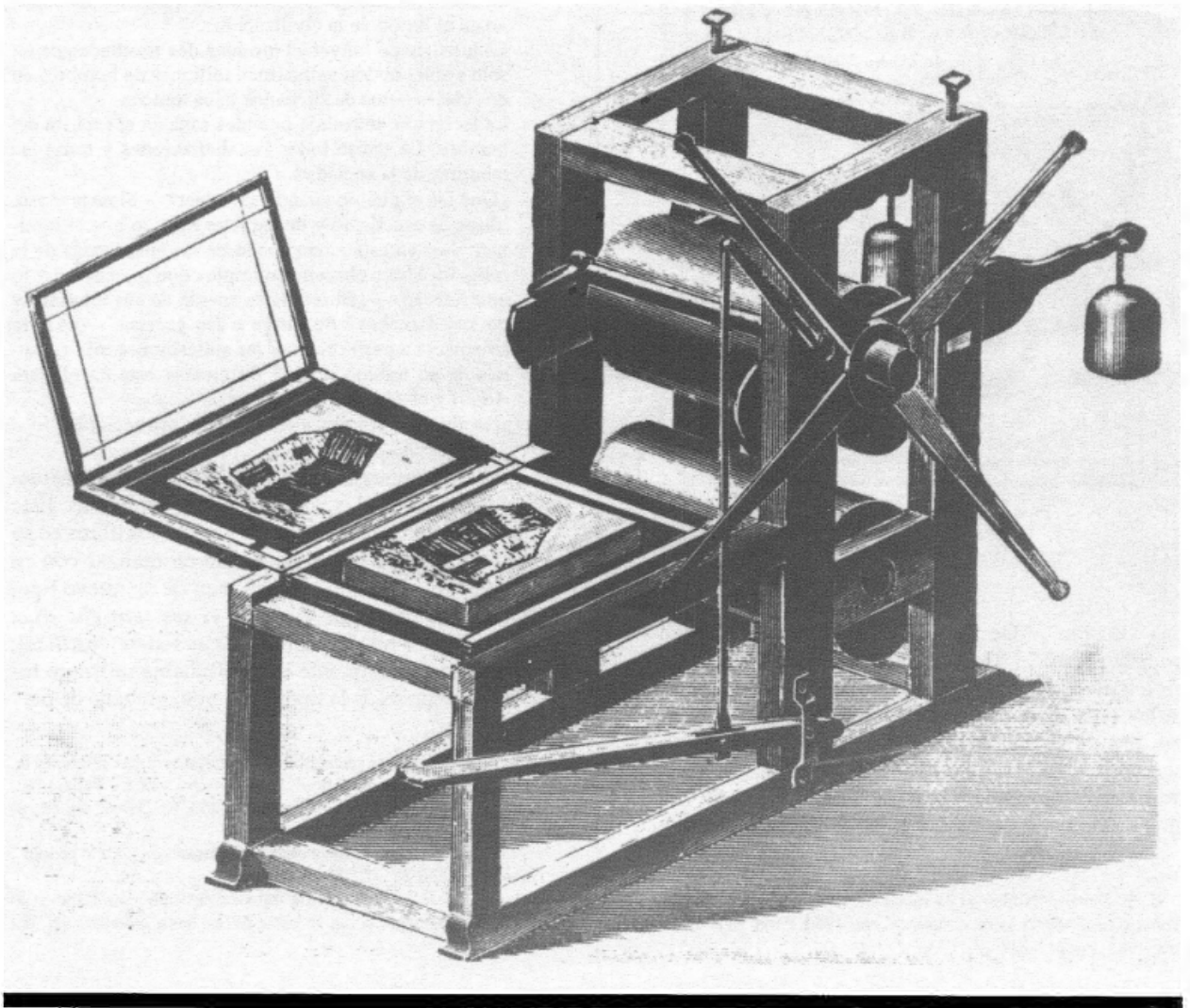
⁴² Ver sobre este tema: Dahan, art. cit.; Charles Nodier, *Colloque du 2^e Centenaire*, ob. cit., *passim*; S. Jeune, "Le roi de Bohême et ses sept châteaux", *Histoire de l'édition française*, t.III, Paris, Promo-

Decididamente, Nodier era entonces el anti-Hugo. Y se entiende que haya denunciado la cromolitografía naciente como un arte de la maculatura y que los esfuerzos desplegados para dar un papel perfectamente blanco no le hayan inspirado sino protestas.

¿Se acordó Michelet de Nodier cuando redactó el tomo VII de su *Histoire de France* consagrada al Renacimiento y que había de ser publicada en 1855? Se podía creerlo leyendo el pasaje consagrado en su "Introducción" a la aparición de la imprenta:

La imprenta, beneficio inmenso que va a centuplicar para el hombre los medios de libertad, sirve, antes que nada, hay que decirlo, a propagar las obras que, desde

dis, 1986, pp. 296-298 y D. Barrière, *Le mythe del livres: autor de Charles Nodier (1780-1844), tentative de réconciliation entre bibliophilie et littérature* (mémoire de maîtrise, Limoges, 1985), mecanografiada.



hace trescientos años, son las que más eficazmente han obstaculizado el Renacimiento. Multiplica al infinito a los escolásticos y a los místicos. Si imprime a Tácito inunda las bibliotecas de Duns Escoto y de Santo Tomás; publica, eterniza a los cien glosadores del Lombardo que se abandonaba al polvo. Sumergidas de libros bárbaros de la Edad Media que se exhuman, a la vez, las escuelas sufren una deplorable recrudescencia de absurdos teológicos.

Poco o nada en lengua vulgar. Los libros antiguos se publican con extrema lentitud. Es cuarenta o cincuenta años después del descubrimiento que se piensa en imprimir a Homero, Tácito, Aristóteles. Platón es para el otro siglo. Si se publica la Antigüedad, se publica y republica mucho más la Edad Media, sobre todo sus libros de clases, las sumas, los compendios, toda la enseñanza de tontería, manuales de confesión y de casos de conciencia: diez Nyder contra una *Iliada*; por un Virgilio, veinte Fichet.⁴³

Pasemos por alto los errores, el anticlericalismo visceral y las ignorancias que oculta este texto. Michelet hace, sin duda, las mismas comprobaciones que Nodier sobre la naturaleza de los primeros productos de la prensa. Pero agrega enseguida que ésta brinda a la humanidad el servicio inmenso de ponerle entre las manos al libro que desde hace mucho tiempo obedecía sin conocerlo: la *Biblia*. Y en el curso del volumen glorifica la obra realizada por los impresores humanistas. Fue sin duda el primero en destacar un fenómeno a menudo observado en nuestros días por los especialistas de la comunicación: a saber, que un nuevo medio provoca antes que nada, cuando aparece, efectos de masificación difundiendo las obras tradicionales antes de suscitar una diversificación y de favorecer la innovación.⁴⁴

Sin embargo, la gente de libros aprendía durante este mismo periodo a realizar industrialmente publicaciones de calidad. Al mismo tiempo, la imprenta y luego la encuadernación se concentraban en talleres inmensos. Así, la carrera a las tiradas importantes y a los precios más bajos se encontraba comprometida, de suerte que en algunos decenios, el precio del volumen normal en rústica pasaría de seis francos a alrededor de un franco cincuenta, mientras que las novelas de cuatro cuartos [*quatre sous*] se difundían por millones a través de Francia. Fue entonces cuando Curmer proclamó, con toda razón, el advenimiento de un nuevo personaje: el editor en el sentido moderno del término, quien en adelante debía dominar y coordinar operaciones cada vez más complejas.⁴⁵ Pero era tam-

⁴³ J. Michelet, *Histoire de France. Nouvelle édition...*, Paris, Marpon y Flammarion, s.f., pp. 90-91.

⁴⁴ Ver por ejemplo J. Cazeneuve, *La société de l'obiquité. Communication et diffusion*, Paris, 1972, especialmente pp. 41-51.

⁴⁵ O. y H.J. Martin, art. cit., 181-186.



bién el momento de la ascensión de los nacionalismos y los librereros alemanes, que habían sabido concentrar su sistema de distribución sólo en la ciudad de Leipzig, hacían gala de un dinamismo que intrigaba e inquietaba a los franceses.

Se concibe que las viejas competencias hayan resurgido en esa época y que los libros relativos a la invención de la imprenta se hayan multiplicado una vez más. Fue entonces cuando estalló, incluso antes del jubileo de 1840, lo que hay que llamar la guerra de las estatuas.

Las hostilidades parecen haber comenzado —una vez al año no hace daño— en la pacífica Holanda que celebró en 1823 en Harlem una fiesta en honor de Coster y le erigió una estatua en su plaza más grande. Sin duda con envidia, los maguncianos reaccionaron. Sobrepasaron desde entonces sus actividades conmemorativas. Comenzaron por colocar, de 1824 a 1827, placas sobre las diferentes casas de su ciudad en las que Gutenberg habría podido pasar. Por otra parte, desde 1825 su Sociedad de las Artes inauguraba una estatua en la ubicación de la antigua morada del inventor de la tipografía. Después de ello, una comisión procedía a una suscripción destinada a erigir una

nueva estatua de éste, cuya realización fue confiada al escultor danés Thornwalden, quien rechazó todo honorario por este trabajo. Fundida en París en la casa de Crozatier mediante dos mil quinientos francos, esta obra de arte fue inaugurada en medio de festejos musicales y gastronómicos. Después de esto el cuarto centenario de la aparición del arte tipográfico fue celebrado solemnemente en Alemania que estaba de acuerdo en preservar la gloria de Gutenberg.⁴⁶

Los franceses debían intervenir y dar honor a Estrasburgo. El proceso que Gutenberg había sostenido en esta ciudad en 1439 tendía a arruinar, por cierto, las pretensiones de Mentelin. Pero, después de todo, ¿no probaba que el gran inventor había proseguido allí trabajos destinados a poner a punto una técnica de imprenta... y que sin duda había acabado? Después del fracaso de una tentativa oficial en 1835, los radicales alsacianos de la oposición decidieron tomar las cosas en sus manos.⁴⁷ Fuertes por el apoyo financiero del *National* y el sostenimiento de Lamartine, organizaron colectas y ordenaron una estatua a David d'Angers quien, por supuesto, rechazó toda retribución, como lo había hecho Thornwalden. Así, todo estaba listo para que la mañana del 24 de junio fuera proclamado en toda Francia día de Gutenberg. Se comenzó por cantar un *Te Deum*, después hubo una reunión para inaugurar el monumento. Toda la élite letrada y tipográfica de Francia, rodeada por delegaciones extranjeras, estaba presente cuando se develó la estatua cuyos bajorrelieves, audazmente reunidos, representaban a los genios de la humanidad. Cerca de ahí, obreros vestidos de blanco, reunidos en torno a una prensa de bronce y oro, fundía caracteres y componía textos mientras los innumerables asistentes cantaban los versos siguientes:

Prensa, motor del mundo, ¡oh palanca de Arquímedes!
Tú que en nuestros muros fuiste concebida por Gutenberg exiliado,
Hija del viejo Estrasburgo, potencia ante la que todo cede,
¡Salud! ¡salud al día de tu santo jubileo!
¡A ti naciones, el porvenir y los votos!
A ti el bronce viviente salido del noble molde
¡En el que David sabe moldear a los héroes y a los dioses!⁴⁸

⁴⁶ Reitzel, ob. cit., pp. 26-44

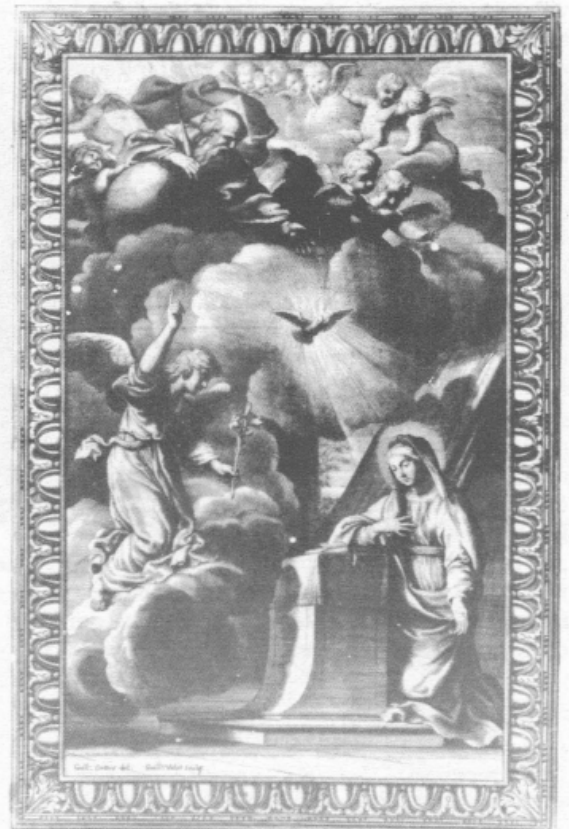
⁴⁷ F. Barbier, *Le monde du livre à Strasbourg de la fin de l'Ancien Régime à la chute de l'Alsace française*, thèse de 3^e cycle, Paris 1, 1981, pp. 91-92. Sobre la fiesta de 1840 en Estrasburgo y sus aspectos políticos, ver F. Ponteil, *L'opposition politique à Strasbourg sous la monarchie de Juillet*, Colmar, 1932, p. 596 y bibliografía. Sobre las ceremonias y la estatua de David d'Angers. G. Silbermann et C. Wertner, *Les fêtes de Gutenberg célébrées à Strasbourg, le 24. 25 et 26 juin 1940. Relation complète*, Strasbourg, 1841 y Jouin, *David d'Angers*, Paris, 1878, pp. 372-376.

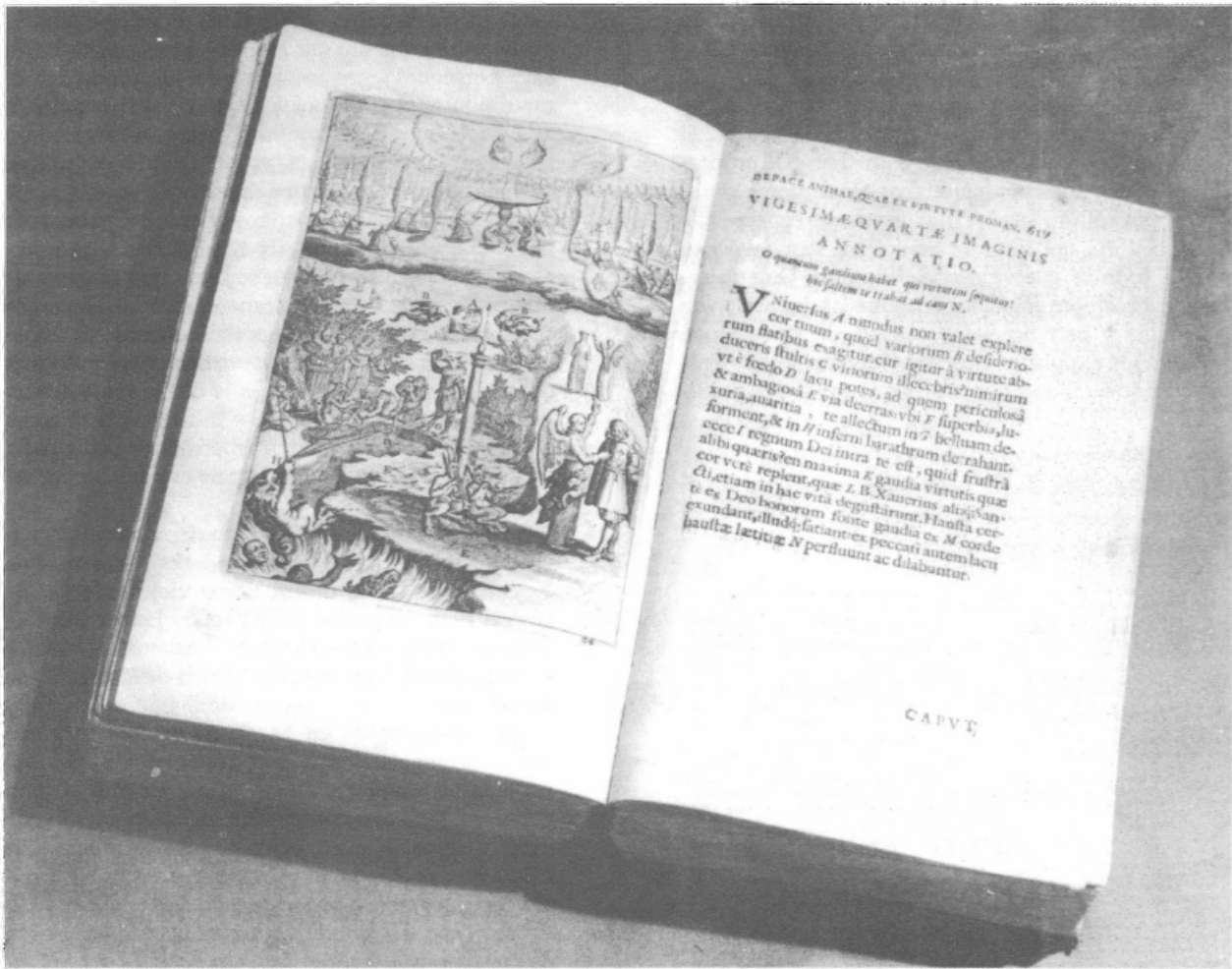
⁴⁸ Jouin, ob. cit., p. 374

La fiesta se prolongó durante tres días en manifestaciones de masa que regocijaron al viejo Blanqui. Los discursos evocaron al ideal de la Ilustración y glorificaron con insistencia la Revolución. Reunido en torno a los dos jefes de industria más importantes del lugar, Levrault y Silbermann, el mundo del libro francés, que sin duda casi no se preocupaba por las reivindicaciones magucianas, marcó así su oposición al poder en turno y a las aspiraciones republicanas de muchos de sus miembros.

Así se anunciaba la Revolución de 1848. Al principio ésta parecía satisfacer los deseos de los libreros e impresores republicanos —y sobre todo los de Lamartine que estimó que había llegado el momento de la revolución pacífica, capaz de asegurar, ahorrando sangre, la salvaguarda del orden social, la felicidad de todos y, finalmente, el reino de Dios.⁴⁹ Pero conocemos la continuación. Mientras el gran poeta veía que su autoridad se desmoronaba, las jornadas de junio se preparaban. Los grandes empresarios, que

⁴⁹ Bibliothèque Nationale, *Lamartine, le poète et l'homme* (Catalogue d'exposition), Paris, 1969, pp. 253-278 y noticia 636.





habían mantenido alejados de las agitaciones, ahora se alineaban del lado del orden: tanto M. Hachette como los hermanos Plon se batieron esta vez contra los amotinados.⁵⁰

Desde entonces, el sueño progresista encarnado por Gutenberg estaba completamente roto. Sólo un hombre creía todavía en él: Lamartine. Arruinado por haber unido su fortuna a la del Estado en 1848, "Prometeo devorado por el buitre de las deudas", apostando para sobrevivir sobre su nombre y su sentido de la publicidad, escribió sin descanso. Pero creía siempre en el papel que el libro podía jugar en la grandeza del pueblo. Único redactor del periódico mensual *Le Civilisateur* que apareció de 1852 a 1854, trabajando hasta el agotamiento, presentó sucesivamente a los héroes de la humanidad, entre ellos, naturalmente, Gutenberg. La biografía que redactó entonces, y que

⁵⁰ O. et H.-J. Martin, art. cit., p. 175.

fue incluida por Louis Hachette en su Biblioteca de estacion de tren,⁵¹ es la última que aquí merece nuestra atención.

Esta biografía suena como un tañido fúnebre. Ciertamente el gran poeta conoce muy bien los hechos: el archivista y el bibliotecario de Estrasburgo le proporcionaron una documentación manifiestamente abundante y su editor Firmin Ditor, eminente especialista de la historia del libro la completó. Pero, bajo su pluma, todo se vuelve sueño despierto. Gutenberg, hijo de un orfebre acuñador de monedas del obispo de Maguncia y patricio de su ciudad, de la cual una revuelta los expulsó y presentó como un gentil hombre curtido en asuntos de armas que soñaba en publi-

⁵¹ A. de Lamartine, *Gutenberg, inventeur de l'imprimerie...* (1440-1469), Paris, L. Hachette, 1887.

car la *Biblia* para instruir al pueblo. Puesto en presencia de un documento que muestra que su héroe había sido perseguido por rompimiento de promesas de matrimonio, nuestro poeta bosqueja una novela de amor. Las investigaciones realizadas en Estrasburgo se desarrollan, claro está, en un claustro en ruinas. Después de esto Lamartine muestra a Gutenberg saliendo con su valija a visitar al famoso Coster. A lo largo de la obra las hipótesis más frágiles de la erudición de la época se vuelven certezas que se tratan de interpretar, con riesgo de desnaturalizarlas con tal de sostener una tesis. Poco importa lo demás, aquí sólo cuenta el símbolo. Y Gutenberg se vuelve prefigura del viejo poeta. Su historia es la de un genio consagrado al servicio del pueblo y muere en la miseria, despojado de su invento por empresarios codiciosos. Lo que, después de todo, tal vez no es completamente falso.

¿Qué escribir, en adelante, en tiempos del Príncipe-Presidente y de los especuladores? Traductor de *Fausto*, apasionado de los libros viejos, Gérard de Nerval había asistido al Jubileo de Estrasburgo en 1840 y había viajado a Holanda.⁵² Además conocía la leyenda Fust-Faust, según la novela de Klinger, y se interesaba en las nuevas técnicas de imprenta al punto de haber tomado en 1845 una patente para una máquina que anunciaba las componedoras-fundidoras puestas a punto a fin de siglo.⁵³ Es muy natural entonces que haya compuesto, en colaboración con Méry y Bernard López, una pieza de teatro intitulada *L'imager de Harlem, ou la découverte de l'imprimerie, légende à grand spectacle en cinq actes et dix tableaux accompagnés de ballets* (*El imaginero de Harlem, o el descubrimiento de la imprenta, leyenda de gran espectáculo en cinco actos y diez cuadros acompañados de bailes*), presentada en la Porte-Saint-Martin el 27 de diciembre de 1850. Ante el famoso Fausto, el oscuro Coster se convierte en el héroe de la historia, en el inventor genial que tiene en la frente una loca maestra, una mujer que no existe y que se llama "Imaginación". De hecho, Gérard, quien ha leído los trabajos de Meerman, quiere mostrar con esta elección que, detrás del inventor oficial, se esconde a menudo el investigador oscuro, más o menos maldito, idealista, falto de sentido práctico, que concibió la idea creadora pero que no sabe explotarla. Analizando el resto con lucidez e imaginación lo que podía ser el desarrollo de un invento, se muestra persuadido de que toda concepción genial está inspirada por la Providencia, y de que ésta creó la imprenta

⁵² H. de la Fontaine-Verwey, "Gérard de Nerval et l'invention de l'imprimerie", *Amor librorum*, Amsterdam, 1958, pp. 215-228.
⁵³ M. Audin, *Histoire de l'imprimerie...*, Paris, 1972, pp. 317-318.

Pro socio.

IN proposita autem questione arbitrium viri non est idem loquendum esse: eo magis, quod subterfugium in socio non habet. *Pauli libro 4. ad Edictum.*
Vnde et si pro socio non sit prosum est, ut in multis in quibus apparet: contra potest per se non habere. *Pauli libro 9. Epistolatum.*
Quidam si non sit socius, aliterque aliterque sit socius, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*
Sed si socius sit, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*

si si administratio contineat verum in proposita largiri esse videatur, non numerata esse, ad vero promissa: nam si sita daturum, postquam socius sit, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*
Vnde et si pro socio non sit prosum est, ut in multis in quibus apparet: contra potest per se non habere. *Pauli libro 9. Epistolatum.*
Quidam si non sit socius, aliterque aliterque sit socius, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*
Sed si socius sit, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*

LIBER OCTAVVS DECIMVS.

DE CONTRAHENDA EMPTIONE ET DE PACTIS IN EMPTIONE. *Pauli libro 4. ad Edictum.*
R. g. conuenit vendiditque primo contractu emptione. Nam enim non est in emptione, calidum est, aliterque aliterque sit socius, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*
Sed si socius sit, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*

si si veritas permutationem significare videtur, non emptione si socius sit. *Pauli libro 4. ad Edictum.*
R. g. conuenit vendiditque primo contractu emptione. Nam enim non est in emptione, calidum est, aliterque aliterque sit socius, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*
Sed si socius sit, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*

si si socius sit, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*

si si socius sit, non est socius nisi non sit socius. *Pauli libro 4. ad Edictum.*

para favorecer la Ilustración y el Progreso que el Diabolo quisiera suprimir.

Esta pieza, en la que Nerval había puesto mucho de sí mismo, enmascara a fin de cuentas una forma de rechazo al héroe consagrado y hace del invento un solitario aparato de la sociedad. Olvidada rápidamente, sugirió a Anatole France versos típicamente parnasianos, que, como el *Salambó* de Flaubert, marcan el rompimiento de algunos escritores de la época con la sociedad.

Maestro Laurent Coster, corazón lleno de poesía.
Deja a los compañeros que, desde la mañana hasta la tarde
Viñadores de espíritu, hacen gemir la prensa;
Y Coster va soñando según su fantasía

Pues ama de amor al demonio Aspasia,
En su banco, en la iglesia, va a veces a sentarse
Y ve en el vapor flotar sobre el incensario
a la Dama del Infierno que su alma ha elegido

O más aún, solo, al borde de un pozo espumoso,
Juntando sus bellas manos de obrero perezoso
Escucha sin fin a la Sirena que canta

Y yo tampoco puedo trabajar y orar:
Soy, como Coster, un mal obrero.
A causa de los ojos negros de una mujer malvada.⁵⁴

Todas estas manifestaciones, todas estas obras literarias que no sólo se multiplicaron en Francia,⁵⁵ no hacían, si se reflexionaba en ello, sino celebrar a través de sus inventores la gloria del libro impreso, motor esencial del progreso, en este tiempo en el que, precisamente, la instrucción se generalizaba por toda Europa. Esta forma de consagración no dejó de favorecer los esfuerzos desplegados para salvar y enumerar lo que podía serlo todavía, de las antiguas colecciones eclesiásticas y aristocráticas que los revolucionarios habían querido poner a disposición de las naciones, pero que en esta ocasión se encontraban a menudo dispersas y dilapidadas tanto en Francia como en los países anexados o aliados.

Sin embargo, es sorprendente comprobar que los hombres que catalogaron y estudiaron entonces las obras antiguas fueron a lo largo del siglo XIX ante todo libreros o aficionados. Así De Hain, fundador del primer gran catálogo de incunables, arruinado, trabajó en Leipzig para el librero Brockhaus; agobia-

⁵⁴ A. France, *Oeuvres*, ed. illus., París, Calmann-Lévy, 1951, pp. 211-212. Este soneto, escrito en 1868, fue publicado por Lemerre en 1873. Cf. La Fontaine-Verwey, art. cit., p. 225.

⁵⁵ D. Mc Murtrie, *The invention of printing: a bibliography...*, ob.cit., especialmente pp. 232-248.

do de deudas y sin reputación, se refugia en Munich y redacta su gran obra para subsistir. En Francia, una mujer original, Marie Pellechet, hace frente a los bibliotecarios en turno, realiza el trabajo que debían realizar ellos, recorre Francia con cajas que contienen sus aparatos fotográficos que la hacen ver como un agente comercial; designada por el ministerio de Instrucción Pública para dirigir un catálogo colectivo nacional de incunables, hace todo ella misma e incluso financia la publicación del primer volumen; lo que no impedirá a los poderes públicos manifestar con respecto a la obra así comenzada tal desinterés, que ésta debió interrumpirse desde 1914 hasta una fecha reciente.⁵⁶ Asimismo, las grandes bibliografías del siglo XVI a las cuales todos recurrimos tan a menudo, las de Baudrier para Lyon y de los dos Renouard para París, han sido emprendidas, la primera por una familia de notables y la segunda, hoy día continuada por instancias oficiales, por una familia de editores re-

⁵⁶ E. von Rath, "Ludwig Hain", *Studien zur Geschichte des Buchdrucks und der Bibliographie*, Londres y Colonia, 1945, pp. 59-79; U. Baurmeister, "Französische Inkunabelkatalog", *Zentralblatt für Bibliothekswesen*, 93 (1979), pp. 455-458.

METHODO

PARA VIVIR A DIOS SOLO.

DIVIDIDO EN DOS PARTES.

EN LA PRIMERA

Se pone el modo de hacer todas las obras en común para vivir a Dios solo, y la práctica de las obras ordinarias de cada día.

EN LA SEGUNDA

Las de las obras extraordinarias de cada semana, mes, y año: Y al fin una breve explicación de el Padre nuestro, y del Ave Maria.

Obra de Joseph Maria Genovesi,
de la Compañía de Jesus.

Anima mea illi vivet. Plal. 21.

DEDICADO

A los Hermanos Novicians de la
Compañía de Jesus.

Con la Imprimaria de
Imprenta de
A 1784

nombrados.⁵⁷ En fin, el autor de la gran historia de la imprenta francesa en el siglo XV fue un librero anticuario, Anatole Claudin, mientras que la monumental, de la edición alemana por Goldfriedrich y Klapp, fue redactada a costa de la librería alemana.⁵⁸

Gutenberg iba a intervenir una vez más para hacer evolucionar esta situación a fines del siglo pasado, a la hora de la ciencia positiva y del poderío germánico. Después del sitio de Estrasburgo en el que las piezas del proceso de 1439 se quemaron simbólicamente, Maguncia se ponía a la cabeza del movimiento y se imponía como el centro internacionalmente reconocido de los estudios relativos a la historia de la imprenta. Allí se construyó un museo y un centro de investigaciones al lado de la universidad, y se puso este conjunto bajo el patronato del ilustre inventor, promovido así al rango de héroe epónimo. Pronto una pléyade de sabios eminentes, al primer rango de los cuales conviene mencionar a Konrad Haebler, multiplicó publicaciones y padrones en este país donde los universitarios no se sentían interrumpidos desde el siglo XVI de investigaciones eruditas y de la historia del libro. Al mismo tiempo, en fin, los alemanes preparaban con ellos la notable escuela de los bibliógrafos ingleses que el estudio de las ediciones de Shakespeare incitaba ya a fundar esta verdadera ciencia que es la bibliografía material, cuya práctica hoy en día se volvió indispensable a todo editor de textos que se respete. Tal fue el clima en el cual nació el *Gesamtkatalog der Wiegendrucke*, catálogo mundial de incunables hoy en día presidido aún por los alemanes. Pero nosotros estamos obligados a comprobar que los franceses tendieron a apartarse de este movimiento con excepción de un puñado de bibliotecarios y de archivistas.⁵⁹

En una atmósfera parecida se ocuparon más que nunca en Alemania de los problemas planteados por la invención de la imprenta, pero aquí la guerra impediría celebrar solemnemente el jubileo de 1940. Pasemos por alto la ola de publicaciones que fueron consagradas al tema durante la primera parte del siglo y permitieron separar definitivamente a la historia de

⁵⁷ Ver sobre Antoine-Augustin y Philippe Renouard, P. Marot, "Philippe Renouard", en *Imprimeurs et libraires parisiens XVI siècle, ouvrage publié d'après les manuscrits de Philippe Renouard*, t.I, Paris, Impr. Nationale, 1964, pp. XXV-XLV.

⁵⁸ Ver a propósito de Claudin y de su Historia: H.-J. Martin, "Au service de l'héritage littéraire. L'histoire du livre à l'Imprimerie nationale", *L'Art du livre à l'Imprimerie nationale*, Paris, 1973, pp. 247-253 y especialmente pp. 246-249.

⁵⁹ Pensamos en particular en Leopold Delisle cuya historia deberá ser escrita algún día y que fue en particular el primero en considerar la redacción de catálogos colectivos de incunables y logró hacer hacer el catálogo de los impresos de la Biblioteca Nacional, así como a personalidades como Henri Stein y Charles Mortel.



la leyenda. Recordemos aquí solamente que Aloys Ruppel, en una biografía publicada en 1939, reeditada en 1947 y después en 1967, y que siempre es autoridad, subrayó el papel de Gutenberg y afirmó la gloria de Maguncia,⁶⁰ mientras que François Ritter se preguntaba, en su *Histoire de l'imprimerie alsacienne* (1955), si el ilustre impresor no había ya imprimido libros modestos cuando residió en Estrasburgo. Después de esto los centros de interés tendieron a desplazarse. Eminentees especialistas como Josef Benzing y Ferdinand Geldner proporcionaron biografías de impresores más o menos definitivas, mientras que los trabajos bibliográficos conocían una renovación extraordinaria a partir de los países anglosajones, y que según el llamado de Lucien Febvre, los historiadores, en número siempre creciente, comenzaban a preocuparse del papel desempeñado por el libro en la evolución de la sociedad moderna.

Todo lo anterior merecía amplias reflexiones, pero sólo me limitaré a lo que me parece esencial.

La historia de la invención de la imprenta es en resumen tan extraordinaria que provoca a la imaginación. De donde la tradición tardía según la cual Faust había sido acusado de magia ante el Parlamento de París —tradición que Voltaire explotó y exageró con perfecta mala fe practicando la amalgama de documentos a fin de perjudicar al máximo, no sólo al Parlamento, sino también a la Sorbona, que él detestaba,⁶¹ y de la cual se mide la resonancia en el discurso, reproducido más

arriba, que pronunció el presidente de la Asamblea legislativa al día siguiente de las masacres de septiembre. En otro orden de ideas, si hoy en día se piensa a menudo que en Holanda sólo se imprimieron simples libritos xilográficos antes de Gutenberg, de ninguna manera se excluye que un nuevo hallazgo nos haga cambiar de opinión, como es posible también que se encuentre una realización gráfica de Waldfoghel en Aviñón, detectada solamente a fines del siglo pasado gracias al descubrimiento del abad Réquin en una serie de documentos notariados.

Sin embargo, no podemos dejar de sorprendernos por la especie de miopía intelectual que reflejan muchos trabajos durante largo tiempo. A los ojos del historiador actual, el problema que constituye la invención de la imprenta debe ser colocado evidentemente en un contexto muy diferente al de investigaciones puramente biográficas, surgidas de tentativas de atribución de impresiones sobrevivientes y de hipótesis relativas a las técnicas utilizadas. Desde hace una treintena de años se ha subrayado en este sentido que la aparición del nuevo arte respondía ante todo a una demanda, a una necesidad que la situación de la sociedad de entonces debía explicar. Pero hoy en día se tiende a pensar, además, que esta invención constituye igualmente un simple eslabón en un proceso en racimo desencadenado a partir de Nuremberg, cuando se aprendió a separar los metales en el seno de minerales que contienen, con plantas, plomo y antimonio.⁶² En esta perspectiva, la aparición del grabado en dulce y de la imprenta parecen

⁶⁰ A. Ruppel, *Johannes Gutenberg, Sein Leben und sein Werke...* 3^e Auflage, Niewkop, 1967.

⁶¹ Citamos aquí los pasajes en los que Voltaire reporta una tradición que se encuentra deformada en la alocución del presidente de la Asamblea legislativa mencionada arriba: "El (Luis XI) impidió que el Parlamento y la universidad de París entonces igualmente ignorantes, porque todos los franceses lo eran, persiguieran como brujos a los primeros impresores que vinieron de Alemania a Francia" (*Essai sur les mœurs*, ed. R. Pomeau, t.II, París, 1963, p.8). Y: "No es cierto, como dicen los autores ingleses de la Historia universal, que Fausto fue condenado a la hoguera como brujo por el parlamento de París; pero es cierto que sus agentes, que vinieron a París a vender los primeros libros impresos, fueron acusados de magia; esta acusación no tuvo ningún resultado. Es sólo una triste prueba de la basta ignorancia en la que se estaba inmerso y que incluso el arte de la imprenta no pudo disipar durante largo tiempo (1474). El parlamento hizo decomisar todos los libros que uno de los agentes de Maguncia había llevado..." (*ibidem*, pp.171-172). Ver también *L'Histoire du parlement de Paris* del mismo Voltaire, quien cometió el error manifiesto concerniente a las razones del embargo de los libros encontrados en la casa de Hermann de Stationen, agente de los impresores de Maguncia, efectuado conforme a derecho de manera, "cuya valor fue reembolsado por orden del rey".

Es difícil reconstituir la historia de la tradición según la cual Faust había sido así perseguido en París por brujería, siendo que había venido a vender sus libros a París, como lo atestiguan numerosos documentos. Tal vez podamos encontrar el origen de ello en las declaraciones hechas en Estrasburgo por Henri Schorus, prior del cabildo de Sarburgo, y reportadas por Jean Walchius, según los

cuales se había fugado de París después de haber vendido biblias a precios muy diferentes a diferentes compradores, que se había apercebido que éstas habían sido reproducidas en serie y no copiadas a mano. Cf. J. Walchius, *Decas Fabularum generis humani*, Estrasburgo, 1609, p.181. André Chevillier, bibliotecario de la Sorbona, normalmente bien informado, se hace eco de la acusación de brujería que retoma Voltaire, pero que Fournier se dedicará a refutar. Cf. A. Chevillier, *L'origine de l'imprimerie à Paris, dissertation historique et critique*, París, 1964, y P.-S. Fournier, *De l'origine de l'imprimerie à Paris...*, p.72. Según Fournier, el erudito Gros de Boze había hecho investigar piezas eventuales relativas a este asunto por Gilbert, escribano del Parlamento de París quien no había encontrado cosa alguna. Alentas investigaciones realizadas a petición nuestra por Mlle. Monique Langlois en los fondos de esta institución no aportaron más resultados. En verdad no es estrictamente imposible que algunas piezas del procedimiento hayan sido encontradas en el siglo XVII, sin embargo, Voltaire acumuló falsas interpretaciones para radicanzar a instituciones que él detestaba.

⁶² Sobre este tema ver artículo de los autores de W. von Stammel, *Eine "industrielle Revolution" des Spätmittelalters? Eine vorgeschichte*, ed. F. Prutzschel (G. Wommer, *Internationales Jahrbuch für Kunstwissenschaft*, 1960, pp.105-117). Hans Drexler (von Sothen), *Die Kunst der Buchdruckerei*, Göttingen, 1964, p.158. Kurt Vogel, *Die Kunst der Buchdruckerei*, Göttingen, 1964, p.158. Kurt Vogel, *Die Kunst der Buchdruckerei*, Göttingen, 1964, p.158. Kurt Vogel, *Die Kunst der Buchdruckerei*, Göttingen, 1964, p.158. Kurt Vogel, *Die Kunst der Buchdruckerei*, Göttingen, 1964, p.158.



muy bien vecinas, y Gutenberg aparece, igual que Waldfohgel, como un ingeniero de talento al servicio de capitalistas audaces —lo que de ninguna manera significa que no haya habido talento para poner a punto los procedimientos del huecograbado o para tener la idea de descomponer el texto en una serie de pequeños prismas de metal. En estas condiciones, se espera con impaciencia la obra que nos tiene prometida el profesor Von Strömer y M.G. Piccard, quienes comenzaron a renovar estos temas que se creían trillados. Y se podrá confrontar su trabajo con los textos en curso de publicación que muy pronto nos permitirán hacer el balance sobre las técnicas similares practicadas en Oriente desde sus periodos más antiguos.⁶³

⁶³ Ver sobre este tema el estudio en prensa de Mlle. Hee Jae Lee, *L'imprimerie en Corée au XV^e siècle*, Paris, C. N. R. S. en prensa, y *Le livre et l'imprimerie en Extrême Orient et en Asie du Sud*, actas

Las críticas que podemos hacer a tantos de nuestros predecesores no deben, sin embargo, hacernos olvidar sus méritos. Estos nos han procurado una enorme recolección de documentos y han incitado a sus contemporáneos a investigar y salvaguardar tantos libros que constituyen una parte irremplazable del patrimonio cultural europeo. Desencadenaron todo un movimiento de investigación sobre las antiguas técnicas de la tipografía y, más aún, esfuerzos de catalogación que aprovechamos diariamente sin darnos cuenta nunca del trabajo que han costado y de la erudición que han necesitado —sobre todo en Francia donde la investigación oficial ignora orgullosamente la constitución de grandes repertorios.

Sin embargo, todos aquellos que han hablado de la invención de la imprenta han cargado hasta nuestros días sus investigaciones o sus relatos de mensajes que reflejan las preocupaciones de su tiempo y de su medio. Los humanistas han visto en Gutenberg y sus émulos a los agentes de un descubrimiento generador de progreso y a los fundadores de un saber del cual ellos eran los maestros y los beneficiarios. Los partidarios de la Reforma han glorificado en ellos a quienes habían vuelto a la *Biblia* accesible a los simples fieles. Los tipógrafos han querido honrar su oficio durante las fiestas solemnes. Los hombres de la Ilustración y sus discípulos revolucionarios han visto en ello un acto de fe en el progreso y los autores románticos el reflejo de sus esperanzas y de sus desilusiones. Largo tiempo competido, Gutenberg triunfó sobre sus rivales en la época de la Revolución francesa y se convirtió entonces en el símbolo del progreso. Después de ello, el mito que él encarnaba se fue descargando poco a poco de su fuerza, esperando a McLuhan. Sin duda, algún historiógrafo mostrará asimismo que los historiadores que se han llevado cada vez más hacia la historia económica de la crisis de los años 30 han descubierto después de mayo de 1968, los valores de la historia de las mentalidades antes de regresar, en un nuevo periodo de crisis, a una nueva concepción de la historia que incita a nuestra sociedad a enraizarse más sólidamente en su pasado. Y todos nosotros estamos evidentemente cada vez más obsesionados por las transformaciones que impone a nuestro mundo de nuevos medios y de nuevos procedimientos de escritura. De ahí la renovación incesante de nuestras posiciones en el curso de nuestros estudios. Esto se debe a que el historiador no escapa a su tiempo. Y, a fin de cuentas, la historia pasa pero la erudición queda.

del coloquio realizado en París del 9 al 11 de marzo de 1983, publicadas en la *Revue française d'histoire du livre*, núms. 42-43 (1984), antes de ser reagrupadas en un volumen, Burdeos, Bibliophiles de Guyenne, 1986.